

DOLOR

Era un día normal de guardia para aquel residente de segundo año, un día más. Ocho guardias en pleno agosto de una Málaga saturada de gente. Aunque después de todo no era un día tan malo. Las historias pendientes solo llenaban la mitad de la mesa. Su segunda guardia de salud mental este mes. Muchos menos pacientes que en la primera. Relax. Hasta ahora solo ha visto a una chica de 17 años que se había cortado una muñeca con la última botella de cerveza que se que se bebió su novio antes de dejarla. “Treinta y cinco puntos por un arrebató” pensó “Con tres novios como este no llega a vieja... Y encima se abre las venas durante la comida... Para una vez que podía echarme una siesta...”

Acabó de firmar los papeles del ingreso y se disponía a salir cuando entró. Alta, de complexión fuerte y cara redonda, agradable. La conocía de vista. Eran casi vecinos. A menudo le saludaba desde el portal de su casa. Solo que hoy no parece ella. Su mirada perdida, buscando una salida que no había... Su obsesión por mirarse las manos y las piernas... Sus labios moviéndose sin emitir sonidos en aquella penumbra... La acompañaba un celador gordo y serio que la sentó al otro lado de la mesa y salió luego, dejándolos a solas. “Mi reto de hoy” se dijo.

La observó. Tensión en el rostro, frente arrugada, ojos muy abiertos. Esos ojos que seguían buscando algo en sus manos, en sus pies, en su cuerpo. Un reguero de lagrimas le recorría las mejillas. Se puso en pie. Sus labios seguían moviéndose, callados, sin palabras...

“¿Que te pasa Maria?” preguntó.

Ella la miró como SI lo viera de repente. Su mirada, enfocada al vacío, le rodeó. Los susurros se hicieron más sólidos, más cercanos.

Él se levantó y se le acercó. Quería oírla. Quería saber. Las palabras comenzaron a llegarle mientras la miraba. “No me mires...No me mires...No me mires...” le decía.

La boca de ella se aproximó a su oído. “El mundo” decía “Todo arde... mi hija ardió, mi hijo ardió... ya llega el fuego... mis manos arden, yo ardo, yo ardo... el dolor...”

Él sintió el calor y el aliento de ella en su rostro, en su mejilla, en su oreja. “El mundo, si.... si...” decía “es el fin del mundo”.

Él le preguntó: “¿Y cómo sabes tú eso, Maria?” La pregunta le cambió a ella la expresión del rostro que se hizo más apacible, más sereno. Se le acercó aún más, hasta casi rozarlo. Luego se giró, quedaron frente a frente y, por vez primera, lo miró a los ojos.

“Lo veo en tus ojos” dijo sonriendo.

Y entonces él también lo vió. En aquellos ojos. Más y más adentro. Sintió una caída, un vértigo que le agarraba y tiraba de él. Vió un cielo ardiendo, llamas, un bosque incendiado..., árboles como teas, animales enloquecidos. El fuego se extendía, se alzaba como un mar, les iba rodeando... El suelo ardía, un círculo rojo se iba cerrando..., cada vez más y más cerca... atrapados, sin salida... y el calor..., aquel calor que le quemaba por fuera y por dentro, y el dolor... sus manos en llamas, su bata ardiendo, el dolor... todo en silencio..., el calor y el silencio..., sus ojos arden... sus neuronas arden, solo hay las llamas y silencio...y el dolor, el dolor... Luego nada: fuego y silencio...y dolor... Y de repente, otra vez, aquella voz: “¿Qué te pasa Francisco?”

Salió de su ensueño. Trató de recuperarse. Rodeó la mesa. Regresó a la silla. Ella seguía allí, de pie frente a él. “No me mires...No me mires...” decía.

José Antonio Prados (Barcelona)